

CUENTOS
REUNIDOS

ALEAGUARA

HEKER

Liliana HEKER es novelista, cuentista y ensayista. Junto con Abelardo Castillo, fundó y fue responsable de dos revistas literarias fundamentales: *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*. Desde 1978 coordina talleres literarios, en los que se han formado muchos de los mejores escritores argentinos. Su primer libro de cuentos, *Los que vieron la zarza* (1966), obtuvo la Mención Única en el Concurso Casa de las Américas. A ese libro le siguieron: *Acuario* (cuentos, 1972), *Un resplandor que se apagó en el mundo* (nouvelles, 1977), *Las peras del mal* (cuentos, 1982), *Zona de clivaje* (novela, 1987; Primer Premio Municipal), *Los bordes de lo real* (cuentos, 1991), *El fin de la historia* (novela, 1996), *Las hermanas de Shakespeare* (ensayos, 1999), *La crueldad de la vida* (cuentos, 2001), *Diálogos sobre la vida y la muerte* (entrevistas, 2003) y *La muerte de Dios* (cuentos, 2011). Sus relatos han sido traducidos y publicados en los Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Alemania, Francia, Israel, Rusia, Turquía, Irán, Serbia, Holanda y Polonia. Fue distinguida con el Premio Esteban Echeverría (2010) y con el Konex de Platino (2014).

Prólogo

El primer cuento que leí de Liliana Heker fue para mí un descubrimiento tan importante que recuerdo dónde estaba, cómo cerré el libro para intentar entender por qué me había impactado de esa manera, y cómo volví a abrirlo unos minutos después para releerlo todo desde el principio. “La fiesta ajena”, quizá uno de sus cuentos más antologados y traducidos, fue mi primer acercamiento a su mundo, pero ya estaban ahí todos sus territorios: lo siniestro agazapado en la cotidianidad familiar, la infancia, la fascinación por lo desconocido, por la memoria, por la absurda cordura. Volví a leer la primera línea: “Nomás llegó, fue a la cocina a ver si estaba el mono”. Era impresionante todo lo que disparaba esa línea: ¿quién había llegado? ¿Por “mono” había que entender realmente a un mono? Y si era así, ¿por qué había un mono en la cocina y qué tan peligrosa podía ser semejante situación? Entonces no se trataba solamente del efecto de esas palabras sobre el papel, se trataba también de todo lo que Liliana Heker estaba escribiendo en mi cabeza. Seguí leyendo. Con eficientes puntadas de ternura y crueldad la trama ya estaba bordada, y tan pronto como Rosaura cree que al fin ha encontrado su lugar en el mundo, la brutal realidad de las clases sociales la devuelve a su sitio. Una historia inquietante, directa y brutal.

Conocí a Liliana Heker unos meses más tarde. Todos los que hemos pasado por su taller compartimos en algún momento los terrores y las anécdotas de la primera entrevista. Es un encuentro privado que hay que superar antes de unirse al grupo. De todas esas historias, mi preferida es una en la que un aspirante, que además era médico cirujano, le dijo que él desde muy joven había querido escribir una novela y que, ahora que tenía tiempo porque acababa de jubilarse, le parecía un buen momento para empezar. A lo que Liliana contestó “Buenísimo. ¿Y qué te parece si yo, cuando me jubile como escritora, me dedico a la cirugía?”. Cuando cuento esta historia la gente pregunta qué pasó con el cirujano, si logró o no entrar a alguno de los grupos. Pero una de las cosas que aprendí en el taller es que ese es el tipo de preguntas que no vale la pena contestar.

Yo sobreviví a la entrevista, pero recibí mi primera lección cuando me uní finalmente al grupo: atenta a las experiencias que traía de talleres anteriores sabía que la comida y la sociabilización eran importantes, así que para hacer buena letra llevé a ese primer encuentro una fuente de galletitas recién horneadas. Entonces Liliana Heker dijo “Me encantan las galletitas, pero a la hora del mate. En este taller no se come”. A la hora de trabajar, se trabajaba. Pero también era un taller donde, terminado el trabajo, se festejaba con creces —publicaciones, premios, encuentros—, y esos años hubo mucho que festejar.

Menuda pero implacable, durante el taller se sentaba —entre todos los sillones de su living— en la única silla de madera. Era el último lugar que yo hubiera elegido para sentarme, pero ahora creo que en esa simple elección ya había toda una declaración de principios. En su taller no se tomaba el té ni se atendían pasatiempos postergados. Si queríamos aprender, teníamos que arremangarnos. Derecha en su silla decía “Esto no es terapia, acá nadie viene a curarse”. “Si estuviéramos cuerdos no escribiríamos”. Decía “Las ganas de escribir vienen escribiendo”. Decía “¿Que es eso de esperar a que todas las condiciones externas sean ideales? Uno escribe a pesar de lo que pasa y acerca de lo que pasa”.

Ya me iría enterando en el taller, y en la lectura de sus libros, que para Liliana Heker el cuento exige un enorme rigor interno. Que el primer borrador de una historia es sólo un mal necesario y que escribir es también un trabajo de obstinada reescritura. Hay que aprender a reconocer, en el germen de una idea, todo lo que una historia ya está reclamando. Cada elemento debe estar enfocado hacia un único efecto estético: su alcance máximo de sentido, de expresión y de intensidad.

Flannery O'Connor decía que para la gente es muy fácil hablar del mundo de las ideas y de las abstracciones, pero que el mundo del narrador está hecho de materia. Hablaba también de la “técnica”: que entendida a veces como una fórmula rígida que se impone a una idea, es en realidad algo orgánico que nace del propio material. Cuando leí “Los juegos”, el primer cuento que Liliana escribió y publicó a sus diecisiete años, pensé en las palabras de O'Connor y me pregunté hasta qué punto un narrador nato ya maneja de manera intuitiva estas ideas. A esa edad Liliana Heker ya era una gran lectora, y ya participaba de la emblemática revista *El Grillo de Papel*. Sin embargo, era la primera vez que probaba sus

fuerzas en el cuento. Y aun así es fácil reconocer cómo esa materialidad y esa técnica de la que hablaba O'Connor ya estaban ahí.

En “Los juegos” la protagonista, que es apenas una nena olvidada por los mandatos de su madre y los deberes de la niñez, tiene una voz única y propia, un ritmo y un tono que suman a la trama otro tipo de revelaciones, quizá más sutiles pero no menos importantes. Ya está ahí la idea de soledad como espacio indiscutido de la escritura, y acá recuerdo a Liliana, que dice: “El vértigo que se siente durante la escritura es el de la libertad absoluta. No hay nada pautado, todos los caminos son posibles y uno está absolutamente solo en sus elecciones. Lo más saludable para un creador es llevarse bien con esa soledad”. También ya hay en “Los juegos” una idea de lo femenino alejada de los convencionalismos y las expectativas sociales; hay simpatía y la curiosidad por los espacios masculinos quizá por el simple hecho de ser, para una nena, también el espacio de lo desconocido. Y en el taller, sentada en su silla, Liliana Heker dice “Lo femenino y lo masculino no son atributos literarios. El sexo de un autor pesa sin duda en sus ficciones, como pesa su origen, su experiencia o su neurosis. Nunca es el único determinante de una escritura”.

Avanzando en la lectura fui descubriendo en sus cuentos más territorios comunes. Uno particularmente fascinante para mí es la serie que atraviesa dos *nouvelles* —“La crueldad de la vida” y “La muerte de Dios”— y tres cuentos —“Los primeros principios o arte poética”, “Retrato de un genio” y “Berkeley o Mariana del Universo”. Mariana, protagonista de todas estas historias y acompañada muchas veces de su hermana Lucía y de su grupo familiar, es un personaje lúcido e insólito que, a la vez, uno no puede evitar imaginar como un álgter ego de la propia Liliana Heker.



HEKER

"No se puede —ni se quiere— huir de esa obra fascinante que es la literatura de Liliana Heker. Desconfiados o seducidos, caemos en cada cuento como amenazados de muerte para darnos cuenta de que sólo hay *amenazas de vida*, que la salvación está en el texto, en sus palabras, que es en el sendero preciso del lenguaje donde nos esperan los seres más curiosos, las peripecias más extrañas, la vida más intensa."

GRISELDA GAMBARO

"Dejé bajo el colchón de mi celda la fotocopia de 'Don Juan de la Casa Blanca'. Había dormido tres meses con ella, tratando de entender lo que no se puede entender. Y entendí que la gran literatura estaba ahí para ponerle nombre a lo que no tiene nombre."

PABLO RAMOS

"Ciertos filósofos nos dicen que nuestras vidas carecen de sentido y coherencia. La obra de Heker es prueba de lo contrario. Sus cuentos son rigurosas crónicas de los íntimos e inconfesables temores y deseos que alimentan nuestras tragedias y felicidades cotidianas, narradas con implacable lógica y conmovedor entendimiento."

ALBERTO MANGUEL

"Lo que hay en los cuentos de Liliana Heker es una vitalidad feroz y envidiable. La energía de los que creen en el trabajo, en la vida, y en la literatura."

SAMANTA SCHWEBLIN

"Al leer sus cuentos, Antón Chéjov viene repetidamente a mi mente. El James Joyce de *Dublineses* también es un útil punto de referencia, dada la inclinación de Heker por los pequeños actos de consecuencias sísmicas."

RICHARD CANNING, *Times Literary Supplement*